

Obtienen gran éxito

El prisionero de Zenda

creación de ALICE TERRY, BÁRBARA-LAMARR, RAMÓN NAVARRO, LEWIS STONE

tercer libro de

Los Grandes Films

Ferragus (LOS TRECE)

creación de RENÉ NAVARRE
y ELMIRE VAUTIER

primer libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En venta, en toda España, en todos los kioscos,
librerías, etc., al popularísimo precio de
UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 85

50 cts.



LA BATALLA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

por
Sessue
Hayakawa
y Tsuru Aoki
Filmoteca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 85

LA BATALLA

GRANDIOSO POEMA DRAMÁTICO
ADAPTACIÓN DE LA NOVELA DE
CLAUDE FARRÉRE

PRINCIPALES INTÉRPRETES:
SESSUE HAYAKAWA, TSURU AOKI,
GINA PALERME, JEAN DAX

Editada por M. VANDAL & CH. DELAC

Grandes exclusivas:
LEVANTISCHE FILM — Fontanella, 9
BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

(Con esta novela se regala la postal-fotografía de)
Mme. ROBINNE



LA BATALLA

I

Acababa el Japón de obtener sobre China el triunfo que le colocó entre las grandes potencias militares, cuando comenzó la lucha entre los tradicionalistas del Imperio y los partidarios del «Nuevo Japón», defensores, los primeros, de la espiritualidad y de las costumbres indígenas y sustentadores, los segundos, de los principios políticos y de los usos de los pueblos de Occidente.

El gran imperio de las costas asiáticas del Pacífico dirigía sus miradas al continente, observando con recelo la actitud codiciosa de un Estado europeo, que trataba de imponerse en Asia. Rotas al fin las hostilidades entre las dos naciones, los japoneses, llevados de su fervoroso culto a la patria, corrieron a las armas, y la guerra desató sus furias en el mundo oriental.

Era al principio de la campaña.

En los alrededores de Nagasaki, sola en su residencia, la Marquesa Mitsouko Yorisaka, descendiente de una familia de daimios, llenaba el silencio que la rodeaba con las notas armoniosas que sus manos ágiles sabían arrancar al *koto*.

De rodillas en el suelo, un poco echada sobre los talones, pulsaba las cuerdas del harpa japonesa, mientras su pensamiento le traía el recuerdo del marido ausente en Europa.

Los sonidos cadenciosos del *koto* desgranábanse en la soledad del palacio de Yorisaka al caer de la tarde, cuando el sol dora los almendros en flor, al mismo tiempo que la alegría popular desbordábase por las calles de Nagasaki celebrando las primeras victorias de las armas japonesas.

Una humilde servidora de Mitsouko llegó hasta su ama a pasos cortos, con ese andar de salto de pájaro de una japonesita, postróse de hinojos, dobló el cuerpo apoyando la cabeza en el suelo y anunció:

—Mistress Hockley.

Mitsouko se apresuró a levantarse para recibir a mistress Hockley, una norteamericana heroína de tres matrimonios y dos divorcios, que entró precedida de Miss Vane, su secretaria.

—¿Qué tal, Marquesa? ¿Habéis tenido noticias de vuestro esposo?

Mitsouko respondió al saludo ofreciendo su mano con un gesto de cortesía europea.

—Nada sé del marqués de Yorisaka—contestó.

En sus ademanes se advertía el esfuerzo por vencer las trabas de la educación oriental, opuestas a la soltura de maneras de la urbanidad europea, que ella,

adscrita con su marido al partido del «Nuevo Japón», trataba de imitar.

—Todo Nagasaki está de fiesta—dijo mistress Hockley—. Nos ha sido difícil atravesar sus calles, llenas de una multitud enloquecida de entusiasmo.

Volvióse a su secretaria y añadió:

—¿Verdad, miss Vane, que para llegar hasta aquí nos hemos visto obligadas a atropellar a más de un patriota?

No esperó la respuesta de miss Vane y prosiguió:

—¡Qué sorpresa tendría el Marqués si, a su regreso, la encontrase a usted transformada definitivamente en una mujer a la europea!

—¡Imposible!—protestó Mitsouko—. Yo nunca podré tener ni vuestra elegancia ni vuestra distinción.

—¿Y por qué?

—Porque..... es muy difícil.

La risa de mistress Hockley y de su secretaria turbaron a la marquesa de Yorisaka.

—Todo se reduce a tener buena voluntad—dijo la norteamericana.

—¡Si no fuera más que eso!...—exclamó lamentándose Mitsouko.

La Marquesa invitó a su amiga a que la siguiera y, abandonando aquella estancia adornada al estilo de su país con biombos, telas policromadas y sedas chillonas, trasladáronse a un gabinete en el que predominaba el gusto europeo, con stores en las ventanas, divanes, mesas de altas patas e incluso un piano.

Mistress Hockley se hallaba en Nagasaki, en cuyo puerto echara anclas su magnífico yacht, en plan de excursionista y de viajera curiosa de todas las novedades.

Había conocido a los marqueses de Yorisaka en una fiesta de la Embajada yanqui, y observando el deseo de la Marquesa por adquirir los modales de occidente, se propuso educarla, dándole ejemplo con su desparpajo de multimillonaria; y nadie como ella, ciertamente, para una enseñanza de esta naturaleza.

En aquellos días hacíanse grandes preparativos en el arsenal de Sasebo, como si la armada nipona estuviera en trance de un próximo combate.

La misma tarde de la visita de mistress Hockley a la marquesa Mitsouko, dos oficiales de la marina japonesa hablaban de la marcha de la guerra, que, hasta entonces, se les había mostrado favorable.

—¿Ha recibido usted confirmación de las últimas noticias enviadas por Yorisaka acerca del aparejamiento de la flota enemiga?—preguntó uno de ellos.

—El Marqués no ha añadido informes nuevos a los últimos que mandó al Almirantazgo hace ocho días.

—¡Es extraño!...

—Debemos tener en cuenta las enormes dificultades que se oponen a sus propósitos.

—¿Entonces aun no sabemos si habrán tenido éxito las gestiones que realiza en Europa?

El oficial interrogado hizo un gesto denegativo con la cabeza.

El marqués de Yorisaka, perteneciente a la nobleza japonesa y uno de los jefes más cultos de su marina de guerra, trasladárase a París meses antes con una misión delicadísima y de suma importancia que cumplir.

Vigilado por espías, había ocultado su personalidad bajo un nombre supuesto, que le permitía realizar las

gestiones que le fueran encomendadas por el gobierno del Imperio.

Hallábase instalado en uno de los grandes hoteles de la capital francesa, desde donde dirigía una trascendental conspiración de espionaje para averiguar los planes de la armada enemiga.

Tenía como secretario, a su inmediato servicio, a un hijo de Tokio, hombre sagaz que llevaba varios años viviendo en París.

El Marqués acababa de ocultar en su archivo secreto una información adquirida aquella mañana, cuando llamó a su secretario.

—Lau-Chan, vamos a salir... Es necesario que averiguemos hoy mismo cuál es el pensamiento de nuestros contrarios—dijo el marqués Yorisaka.

—Conviene que adoptemos toda clase de precauciones—repuso Lau-Chan—. Desde ayer se nos viene vigilando.

Yorisaka y su secretario tomaron un «auto» en la puerta del hotel, que dejaron cerca del Arco del Triunfo; desde allí siguieron a pie, deteniéndose, después de un paseo de medio kilómetro, en la terraza de una cervecería, en la que buscaron una mesa aislada, a la que se sentaron.

En otra mesa a poca distancia de ellos, se encontraban dos individuos que los observaron con suspicacia y procurando no delatarse.

—¿Son esos nuestros hombres?—preguntó uno señalando a los japoneses

—Sí; obsérvelos usted con cautela—contestó el otro. Lau-Chan notó en seguida el espionaje de que los

estaban haciendo objeto; pero no dió muestra alguna de inquietud.

—¿Cuál de ellos es el que ha retrasado el apareamiento de nuestra flota?—inquirió uno de los espías.

—El más delgado; el del traje de alpaca y sombrero claro—contestó el otro indicando a Yorisaka.

—Pues a toda costa debemos averiguar sus planes.

El Marqués y su secretario se levantaron y volvieron sobre sus pasos, seguidos ahora de cerca por los espías.

—¡Nos han descubierto!—exclamó Lau-Chan.

—Ya lo noté—dijo Yorisaka—; pero vamos a hacerles perder nuestra pista.

—Sí, huya usted en seguida.

El Marqués montó en un «auto», que emprendió velocísima carrera y los espías montaron en otro para no perderlo de vista.

El «auto» de Yorisaka logró ponerse fuera del alcance del de los espías.

—Reduzca usted la marcha—avisó el Marqués al «chauffeur», y en cuanto yo baje, siga sin detenerse.

Engañados por esta estratagema, los espías no se dieron cuenta de que Yorisaka había abandonado el «auto» y continuaron su persecución, mientras el Marqués regresaba al hotel, donde lo esperaba su secretario.

—No puede quedarse usted un día más en París; disfrácese y vuélvase al Japón—le dijo Lau-Chan.

—Apresurémonos antes a destruir todos los papeles comprometedores.

Entre el Marqués y su secretario procedióse a una rápida quema de los documentos innecesarios del archivo secreto.

Horas después, quedaban vacías las habitaciones que ocupara en el hotel, y al día siguiente, Yorisaka, disfrazado, embarcaba en Marsella.

II

De todas las embarcaciones que llenaban el puerto de Nagasaki, ninguna de tan gallardo porte como el yacht de mistress Hockley, soberbio barco de recreo que había surcado con su quilla todos los mares.

Mitsouko solía visitar el *Yseult*, pues este era el nombre del yacht, con frecuencia, y en sus salones suntuosos, la multimillonaria proseguía la educación europea de la japonesa con la colaboración de miss Vane.

—Atención, Marquesa; observad bien cómo cojo yo el cigarrillo.

Mistress Hockley extrajo de una pitillera de oro un emboquillado que puso entre los labios de Mitsouko, tomando ella otro, que golpeó en la palma de la mano, encendiéndolo a seguido.

—Así no—corrigió la multimillonaria viendo los gestos de la japonesa, asustada ante la llama de la cerilla.

—¿Qué es lo que debo hacer?— preguntó Mitsouko.

Miss Vane rióse de una manera escandalosa.

—No os burléis—le dijo mistress Hockley riéndose también.

Un criado indostánico de rostro curtido y gran corpulencia, vestido a la usanza de su país, presentóse en el salón, cruzóse las manos a la altura del pecho, inclinóse reverente ante la norteamericana y dijo:

—El señor.

Retiróse el criado y apareció Juan Francisco Pezle, el tercer marido de mistress Hockley, un hombre alto, ancho y fuerte, lleno de arrogancia y de noble expresión, pintor de fama mundial que regresaba de un viaje por la península de Crimea.

La norteamericana estrechó la mano a su esposo y lo presentó.

—Sé que es usted un gran artista— dijo Mitsouko.

El sonrió agradeciendo el elogio.

—Mi marido—añadió la Marquesa—se consideraría honradísimo si usted se dignase pintar mi retrato.

—Encantado, señora... Será para mí un placer.

—¡Magnífico, Pezle!— exclamó su mujer—. Desde mañana puedes comenzar esta nueva obra.

—¡Oh, yo quedo muy agradecida a su amabilidad!— dijo Mitsouko.

—Mañana, entonces, empezaré su retrato — anunció Pezle.

Se inclinó y siguió a su esposa, entrando tras ella en un camarote, cuya puerta quedó abierta.

Quedaron solas miss Vane y la Marquesa.

Oyóse el chasquido de un beso y Mitsouko volvió los ojos, viendo cómo a la entrada del camarote se abraza-



—Encantado, señora... Será para mí un placer.

ban con un admirable entusiasmo el pintor y su mujer.

Mitsouko no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¿Qué os sucede?—le preguntó miss Vane a la que no pareció extrañar la conducta del matrimonio.

—¿También es una costumbre europea que los esposos se besen delante de los invitados?

—¡Bah! Entre nosotros eso carece de importancia.

Y este comentario hizo pensar a la japonesa, que ella debía conducirse lo mismo cuando regresara el marqués Yorisaka.

Por efecto de la educación occidental, en poco tiem-



—¿También es una costumbre europea que los esposos se besen delante de los invitados?

po Mitsouko adquirió el de enfado de una mujer europea, aun cuando su timidez no lograra a veces dominar los sentimientos innatos, haciéndole cometer torpezas que ponían al descubierto el carácter de su raza.

En el palacio de Yorisaka predominaba también la

influencia de Occidente, así en los muebles como en los adornos.

De aquí la sorpresa de Juan Francisco Pezle la mañana en que se dispuso a empezar el retrato de Mitsouko.

Sus ojos miraban con estupor aquella sala del palacio en el que acababa de entrar y en la que no se veía nada que no hubiera sido importado de Europa.

—¡Singular contraste!—exclamó.

Conservaba aún en la retina las impresiones que recibiera al atravesar las calles de Nagasaki, en las que triunfaba el espíritu del Japón, ya en la fragilidad de sus edificios de madera, ya en el aspecto de sus moradores; y, sin embargo, a poca distancia de la ciudad, los dependientes de unos daimios vivían en una casa en la que se respiraba la atmósfera de la civilización occidental.

Pezle miró a una servidora de Mitsouko, que se le había acercado haciendo unos gestos inexplicables.

—¿Qué es lo que usted quiere?—le preguntó.

La japonesita se desarticuló intentando manifestar sus deseos, sin conseguirlo.

El pintor, al fin, la comprendió.

—¡Ah, vamos!—dijo—. Lo que usted me pide es que le entregue el sombrero.

En efecto, esto era lo que deseaba la humilde familiar de la Marquesa, la cual, en su afán de inspirar las costumbres de su casa en las enseñanzas de mistress Hockley, obligaba a sus criados a proceder de una manera casi estrafalaria.

Entró Mitsouko con traje de sociedad y saludó a Pezle.

—¿Viene usted a hacer mi retrato?

—Ese es mi propósito—contestó el pintor.

—Pues ya ve usted que le espero preparada—repuso la Marquesa haciendo gala de su vestido y moviendo sin gracia alguna un pomposo abanico de plumas blancas.

—Yo abrigaba la ilusión de hacer su retrato con el traje nacional.



—Pues ya ve usted que le espero preparada...

Mitsouko alargó el labio despectivamente.

—Pocas veces—dijo—me pongo el antiguo traje de mis abuelas.

—¿Y eso por qué?

—Porque ante todo deseo agradar a mi marido, que se complace más en que yo vista a la europea.

—¡Pero eso equivale a una demostración de cariño poco frecuente y hasta contraria a los usos de este país!—exclamó Pezle.

—Verdad que en el Japón no es de buen tono darse pruebas de amor—replicó Mitsouko acordándose de la escena del yacht entre el pintor y su mujer—; el Marqués y yo, sin embargo, no rendimos tributo a esa costumbre un tanto arcaica.

—¿Comenzamos el retrato?

El lienzo estaba ya dispuesto en un bastidor, al que se acercó el artista, mientras Mitsouko preparaba una pose.

Las fotografías y las reproducciones de cuadros que la Marquesa había visto en algunas revistas, diéranle una noción un tanto confusa del sentido de la belleza en los retratos, y Mitsouko adoptó una postura francamente absurda para servir de modelo al marido en terceras nupcias de mistress Hockley.

Primero sentóse en un diván y cruzó una pierna sobre otra, sosteniendo en alto el abanico abierto.

—No, así no—dijo Pezle.

Mitsouko tendióse entonces en el diván.

—Así tampoco.

Se puso en pie la Marquesa y adoptó una actitud de aprendiz de peliculera en una escena amorosa; y, por último siguiendo las indicaciones del pintor, se avino a una postura sencilla, para conseguir la cual anduvieron a golpes la naturalidad y el ridículo durante algunos minutos.

—Ahora, ya está bien—afirmó Pezle.

Con trazo seguro, el artista abocetó el retrato apro-

vechando la inmovilidad de su sorprendida modelo, atenta a mantener la pose en que Pezle la colocara.

*
**

En una casa vecina de la de Yorisaka vivía un devoto de la tendencia tradicionalista, el vizconde Hirata, enemigo furibundo de los usos extranjeros, por lo que miraba con malos ojos las costumbres de la Marquesa.

Las ventanas de su casa daban a los jardines del palacio, y desde la ausencia del Marqués, del que era un buen amigo, aun cuando censurase su devoción por la cultura occidental, vigilaba, lleno de desconfianza, a Mitsouko, contra la que creía tener más de un motivo para reprobar la vida que llevaba.

El Vizconde parecía receloso de las visitas que recibía la mujer de Yorisaka, sobre todo de la del capitán Herbert Fergan, observador técnico de la marina británica que se hallaba en Nagasaki como enviado extraordinario; y al que vió de pronto presentarse en el jardín.

Hirata ocultóse detrás de un biombo y observó cómo Fergan entraba en el palacio.

Fergan se detuvo en los umbrales del salón donde se hallaban el pintor y la Marquesa.

—Acercáos, Fergan —le dijo Mitsouko, al mismo tiempo que se levantaba dirigiéndose a él.

Fergan y el artista se hicieron una inclinación de cortesía.

—El capitán Herbert Fergan... Juan Francisco Pezle...—dijo Mitsouko presentándolos.

Y luego, mirando con insistencia a Fergan, añadió:

—Me felicito de haber tenido esta oportunidad de presentarles el uno al otro, ya que ambos son ustedes excelentes amigos de mi marido.

—¿Proseguimos o lo dejamos por hoy?— preguntó Pezle.

—Si a la Marquesa le parece bien — contestó Fergan—, por mí siga usted haciendo el retrato... Conozco algunos de sus cuadros y me agradaría admirarlo ahora que puedo verlo trabajar.

El marino inglés sentóse cerca de Mitsouko, que volvió a hacer de modelo, aunque sus ojos parecían distraerse con excesiva frecuencia mirando al capitán.

Pezle sorprendió a Mitsouko haciendo un guiño y preguntó ingenuamente:

—¿Quién le ha enseñado a usted ese gracioso juego de ojos, Marquesa?

Mitsouko no se alteró por esta pregunta y contestó vivamente:

—Fué mistress Hockley, maestro.

El pintor aceptó de mala gana la respuesta, que acababa de dar a su pregunta un sentido en el que no había pensado y que le descubría de pronto un secreto de amor...

*
*
*

El marqués Yorisaka había llegado a Nagasaki a bordo del acorazado «Nikko», que encontró en aguas de Sasebo, donde desembarcara, a su retorno de Francia, el día anterior.

Al conocer el arribo del acorazado, el vizconde Hirata trasladóse a él, y fué sorprendido agradablemente por la presencia de Yorisaka.

—¿Volvéis satisfecho de vuestro viaje?—preguntó el Vizconde.

—Ayer entregué mi memoria al Almirantazgo—dijo por toda respuesta el Marqués.

Hirata miró a su amigo con admiración.

—Nadie conoce aún mi regreso—añadió Yorisaka.

—¿Nadie?

—Nadie, ni siquiera mi mujer.

Aquella noche, Mitsouko daba una fiesta en su palacio, a la que sólo asistían invitados europeos y americanos.

Ya había comenzado la fiesta, cuando Yorisaka y el Vizconde atracaron en una motora al puerto de Nagasaki. Juntos se dirigieron al palacio, en el que entonces sonaba la música de una orquesta acompañando los pasos de un «fox».

Mitsouko, a pesar de su adaptación a los hábitos occidentales, resistíase, no obstante, a ciertas cosas, y rechazaba las insinuaciones de su pareja, que lo era el capitán Fergan, quien trataba de convencerla para que se dejase besar en el cuello, siguiendo el ejemplo de una jovencita inglesa que bailaba cerca de ellos sin oponerse a esta galantería del hombre que la arrastraba en los giros de la danza llevándola enlazada por la cintura.

Yorisaka y el Vizconde detuviéronse a la puerta del palacio del primero.

—Usted encontrará esta noche en su casa cambios de importancia—dijo Hirata.

Los sonos de la música, que en un principio sorprendieron al Marqués, seguían inundando los jardines del palacio con sus armonías.

Yorisaka entró, precedido del Vizconde, y Mitsouko, al ver a su marido, se turbó, indecisa entre ocultarse o correr a saludarlo.

Ningún gesto de extrañeza revelóse en el rostro del Marqués al sorprender la fiesta que se daba en su casa. Su mano estrechó la del capitán Fergan y sus ojos miraron a Mitsouko sin la menor muestra de asombro.

—Capitán, tengo el honor de presentaros al vizconde Hirata, alférez de navío, a bordo, como yo, del acorazado «Nikko».

El Vizconde no aceptó la mano que le ofrecía Fergan, contentándose con inclinarse fríamente.

El capitán penetró la intención descortés del alférez, midiólo con una mirada, volvióse a Yorisaka y le dijo:

—Con vuestro permiso, Marqués.

Y, enlazando a Mitsouko, siguió bailando, llevando en sus brazos una mujer de otra raza que sufría en

aquel instante la angustia de sentirse separada de su marido, cuando su instinto hubiera querido prosternarla a sus pies, en ese saludo de acatamiento, de devoción y de humildad con el que toda japonesa suele recibir a su esposo.

—¿De modo que usted aprueba las alteraciones que encuentra en su hogar, tan contrarias a nuestro carácter?—preguntó Hirata a su amigo.

El Marqués asintió.

—¡Usted ya no tiene las ideas de un verdadero japonés!—dijo con vehemencia el Vizconde.

Yorisaka sonrió, y con palabra serena y segura, respondió:

—¿Cree usted, pues, que es posible vencer al enemigo sin desprenderse del lastre embarazoso de nuestras tradiciones?

—El Imperio nunca necesitó para vencer de otra cosa que del probado valor de sus hijos.

—No, Hirata, no es bastante un corazón valiente para obtener la victoria en un combate a la moderna...

El Vizconde paseó los ojos por aquel salón en el que hombres y mujeres se entregaban a las voluptuosidades del baile, rompiendo con el espíritu de recato y de austeridad propio de los hogares japoneses, y no supo comprender a su amigo.

Se despidió, no queriendo justificar con su presencia el estigma que aquella fiesta arrojaba sobre el marqués de Yorisaka.

Ya en la puerta, en el momento de despedirse, dijo:

—Una vez terminada la guerra, ¿desechará esas ideas renovadoras que usted disfraza con su patriotismo?

—Seguiré viviendo a compás de los tiempos, Hirata.

El Vizconde, sintiendo que le dolía su corazón de tradicionalista, dejó al Marqués, quien, al volver a los salones, encontró a Mitsouko llena de vacilaciones, pues ella se acordaba de la manera cómo mistress Hockley había expresado su cariño a Pezle cuando éste regresó de uno de sus viajes.

Yorisaka posó en su mujer una mirada cariñosa.

—¿He tenido la dicha de acertar con tus deseos, querido esposo?

Yorisaka sonrió y Mitsouko no pudo interpretar su sonrisa...

...De nuevo revelábanse en ella los sentimientos de su raza, y cerca de su marido, encogíase con un poco de susto, deseando y temiendo oír su voz...

III

La flota japonesa hallábase ya aparejada para salir en busca de la escuadra enemiga. Sólo se esperaba la orden del Almirantazgo.

La proximidad del combate que se creía inminente, tenía al marqués Yorisaka en una angustiosa tensión de nervios. Sabía la responsabilidad que pesaba sobre él, y su espíritu sufría terribles dudas pensando en la suerte de la próxima batalla.

—Vea usted—decíale al capitán Fergan con el que se paseaba por la cubierta de un barco—; tenemos buques modernos, excelente material de guerra... y, sin embargo, presiento que algo más fundamental es necesario para obtener el triunfo.

—En un combate—repuso Fergan—, son los hombres los que deciden el resultado.

Yorisaka movió la cabeza con gesto de duda.

—¿Es aquel nuestro barco?—preguntó Fergan señalándole el acorazado «Nikko».

—Sí, ese es el barco que yo mando.

Un secreto pensamiento había impulsado aquella mañana al Marqués a solicitar de Fergan que le acompañase en su visita a la escuadra.

—Fergan—dijo Yorisaka con voz temblorosa—, el

resultado de la batalla que se avecina, me produce una ansiedad horrible... ¡Ah, si nosotros poseyéramos el dominio que concede, a los que la conocen, la técnica inglesa!

—Usted, que ha estudiado en Inglaterra, la conoce. No tiene, pues, derecho a expresarse de ese modo.

—No la conozco, Fergan... Ese dominio es un secreto que sólo ustedes poseen.

—¡Pero si no hay secreto alguno!—exclamó Fergan.

—Una cosa es que el secreto exista y otra, que no me lo queráis revelar—repuso con pena Yorisaka.

Convencido el Marqués de que no lograría ninguna revelación, de lo que tanto le interesaba, de labios de Fergan, insinuó la conveniencia de volver al puerto, a donde llegaron instantes después.

El capitán había sido invitado a comer por Yorisaka; pero cerca ya de la casa, el Marqués dijo:

—Tengo que ver al alférez Hirata. Excúseme que no les acompañe a tomar el té; sin embargo, agüardenme para comer juntos.

El Vizconde que había visto a su amigo, le salió al encuentro.

—¿Qué?—le preguntó.

—No me ha sido posible obtener ninguna revelación de ese inglés impenetrable—contestó Yorisaka con desaliento.

El Vizconde que también había visto a Fergan entrar solo en casa de su amigo, tuvo un ademán de violencia.

—¡Y quién duda que él posee el secreto de la victoria!—exclamó el Marqués.

Hirata se irguió entonces y dijo:

—También es probable que posea otros secretos,

Yorisaka miró con fijeza a su amigo.

—¿Qué quiere usted decirme con eso?

—Yo soy un amigo leal de usted—comenzó diciendo Hirata dispuesto a descubrir la verdad de las costumbres de Mitsouko.

Su voz era tranquila y reposada, aun cuando el pensamiento que la hacía sonar estaba inquieto.

—El honor de su nombre—añadió—lo considero tan respetable como el mío.

Yorisaka no supo dominar su impaciencia, pero antes de que dijese nada, el Vizconde prosiguió:

—¿Le parece correcta la conducta de ese extranjero acerca de su mujer?

El Marqués se levantó con un propósito brutal. Pudo dominarse y con un grito bronco exclamó:

—¡Le prohibo a usted, Hirata, que hable de Mitsouko!

Una dolorosísima congoja empañó los ojos de Yorisaka; mas acordándose de que en aquellos instantes toda su energía y toda su voluntad le eran indispensables para el mejor servicio de su patria, repuso suavemente, sin dejar traslucir sus emociones:

—No son estos momentos adecuados para discutir nuestros personales asuntos. Todos nuestros esfuerzos deben concentrarse en defender la patria y asegurar la victoria.

Las violentas pasiones que poseían al Vizconde, turbado por el afán sangriento de que su amigo vengase las ofensas de su honor, se replegaron en su alma oyendo a Yorisaka, cuya elocuencia tranquila lo dominaba.

—Deseche usted—añadió Yorisaka—sus preocupaciones y piense sólo en la solemne grandeza de las ho-

ras que nos esperan, cuando la bandera del Imperio ondee sobre las aguas del Pacífico, segura de que los japoneses sabrán honrarla con su valor.

Sobrecogido por la sublimidad patriótica del Marqués, el Vizconde guardó silencio y, al quedarse solo, tuvo el vago temor de no haber procedido noblemente



—Le prohibo a usted, Hirata, que hable de Mitsouko!

al descubrir a su amigo sus recelos por la conducta de Mitsouko.

—¡Es que yo no soy ya un verdadero japonés!—se dijo.

Y su mirada siguió a Yorisaka, que se dirigía a su palacio con paso sereno, sin prisas, confiado en sí

mismo y con todo su pensamiento poseído por la idea fija de la gloria del Japón.

Un manto de sombras azules tendiase sobre Nagasaki. Avanzaba la noche, marchando por sus oscuros caminos.

Fergan y Mitsouko acababan de tomar el té juntos,

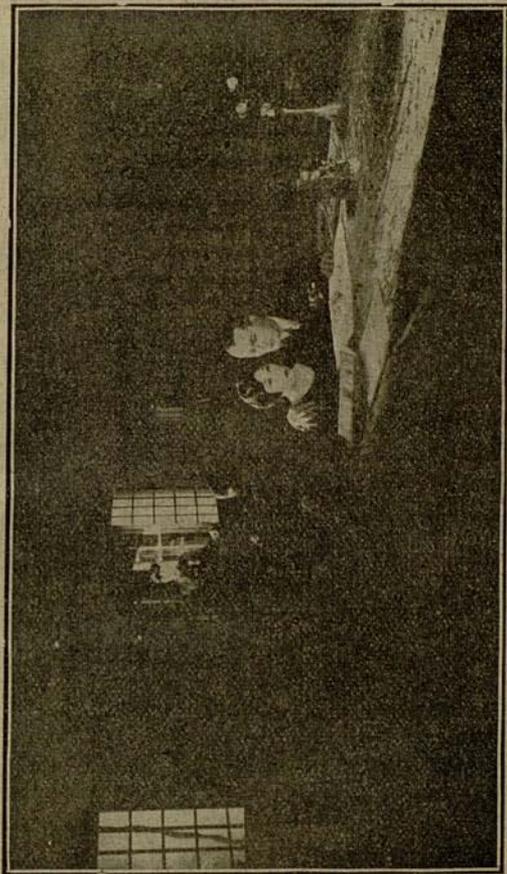


— Deseche usted sus preocupaciones y piense sólo en la solemne grandeza de las horas que nos esperan...

y cerca el uno del otro aspiraban las fragancias del crepúsculo oriental.

La sala estaba sin otra luz que la que el cielo dejaba caer de lo alto y que entraba por las ventanas abiertas.

Sentada al piano, Mitsouko apoyó sus manos en las



A su lado, Fergan inclinabase aproximándole el rostro...

teclas y levantó una bandada de notas armoniosas, que revolaron en las sombras.

A su lado, Fergan inclinábase aproximándole el rostro, mientras uno de sus brazos descendía por sus espaldas hasta oprimirle la cintura...

...Mitsouko no se movió.

A espaldas de ellos, Yorisaka, sorprendiéndolos en su actitud de abandono, con un movimiento instintivo echó mano a su espada; pero acto seguido rehizo dentro de sí su voluntad de soldado, que pronto tendría que correr en defensa de su patria, y su rostro adquirió la expresión enigmática del hombre dueño de sí mismo.

Entreabrió la puerta. Sus ojos se fijaron tenaces en Mitsouko y en Fergan. Y encendió la luz.

Una sonrisa fría apenas si alteraba sus facciones. Llegó hasta Fergan y lo saludó.

Mitsouko levantóse para salir.

—¿No vas a comer esta noche con nosotros?—le preguntó su marido.

Ella titubeó un instante. Tenía los párpados cargados de llanto y le temblaban los labios conteniendo los gemidos.

—Estoy muy fatigada—repuso—, y deseo que me sirvan la comida en mis habitaciones.

Yorisaka no replicó.

—Entonces—dijo dirigiéndose a Fergan—, comeremos los dos solos y...

Hizo una pausa y, subrayando la palabra, concluyó:

—.....¡hablaremos!

Herbert Fergan comprendía la situación de inferioridad en que se encontraba respecto del hombre que acababa de sorprenderlo galanteando a Mitsouko; pero



... con un movimiento instintivo, Yorisaka echó mano a su espada;...

poseía una buena dosis de flema británica y se dispuso a oír lo que tuviera que decirle el Marqués.

—¿Os agrada Nagasaki?— le preguntó de pronto Yorisaka.

—Es uno de los puertos más hermosos del Japón— repuso Fergan sin inmutarse ante lo inesperado de la pregunta.

Callóse el Marqués y al cabo de unos instantes dijo:

—Mañana, probablemente, me hallaré en el «Nikko».

—¿Acaso la escuadra japonesa se dispone a combatir?— preguntó el capitán.

—La escuadra japonesa siempre se halla dispuesta a combatir..., pero no es eso lo que quiero decir.

—¿Qué, entonces?

—¿No sabéis que he dispuesto las cosas de tal modo que usted embarcará conmigo de observador... en el «Nikko»?

—¿Y no sabéis—replicó Fergan—, que eso me está prohibido como súbdito de un país neutral?

—En ese caso... me acompañaréis en calidad de curioso, simplemente, ¿no es verdad?

No existía en el tono de la voz de Yorisaka nada que indicase la turbación de su ánimo.

—¿Me negaréis ese favor?

Herbert Fergan, lo mismo que Hirata horas antes, sintió el dominio que el Marqués ejercía sobre él, y como lo que le pedían era tan poco en relación con lo que Yorisaka tenía derecho a exigirle, accedió a sus deseos.

—Embarcaré con usted—dijo.

Transcurrió el día siguiente sin que Mitsouko saliera de sus habitaciones.

Por la tarde, hallándose juntos Yorisaka, Fergan y el Vizconde, llegó un pliego cerrado para el Marqués.

—¡Al fin vamos a combatir!—exclamó Yorisaka después de leer el contenido del pliego.

Hirata se estremeció ligeramente y miró a Fergan.

—¿Es la orden del Almirantazgo?—preguntó.

—Sí... Ustedes pueden esperarme en el puerto.

Fergan e Hirata salieron.

Poco después un marinero, por orden del Marqués, salía del palacio llevando el retrato que días antes hiciera a Mitsouko el pintor Juan Francisco Pezle.

—¿A dónde mandan mi retrato?—preguntó ella a su marido.

Se había apoyado en uno de los vanos de la puerta del salón de fiestas y miraba a Yorisaka angustiosamente.

—La flota enemiga acaba de pasar por Singapore—dijo el Marqués—. ¡Mañana se decidirá el destino de nuestra escuadra!...

Se iban a separar ya. El no sabía si podría volver. Acaso lo esperase la muerte...

—¡Adios!...

Rodaron las lágrimas por las mejillas de Mitsouko.

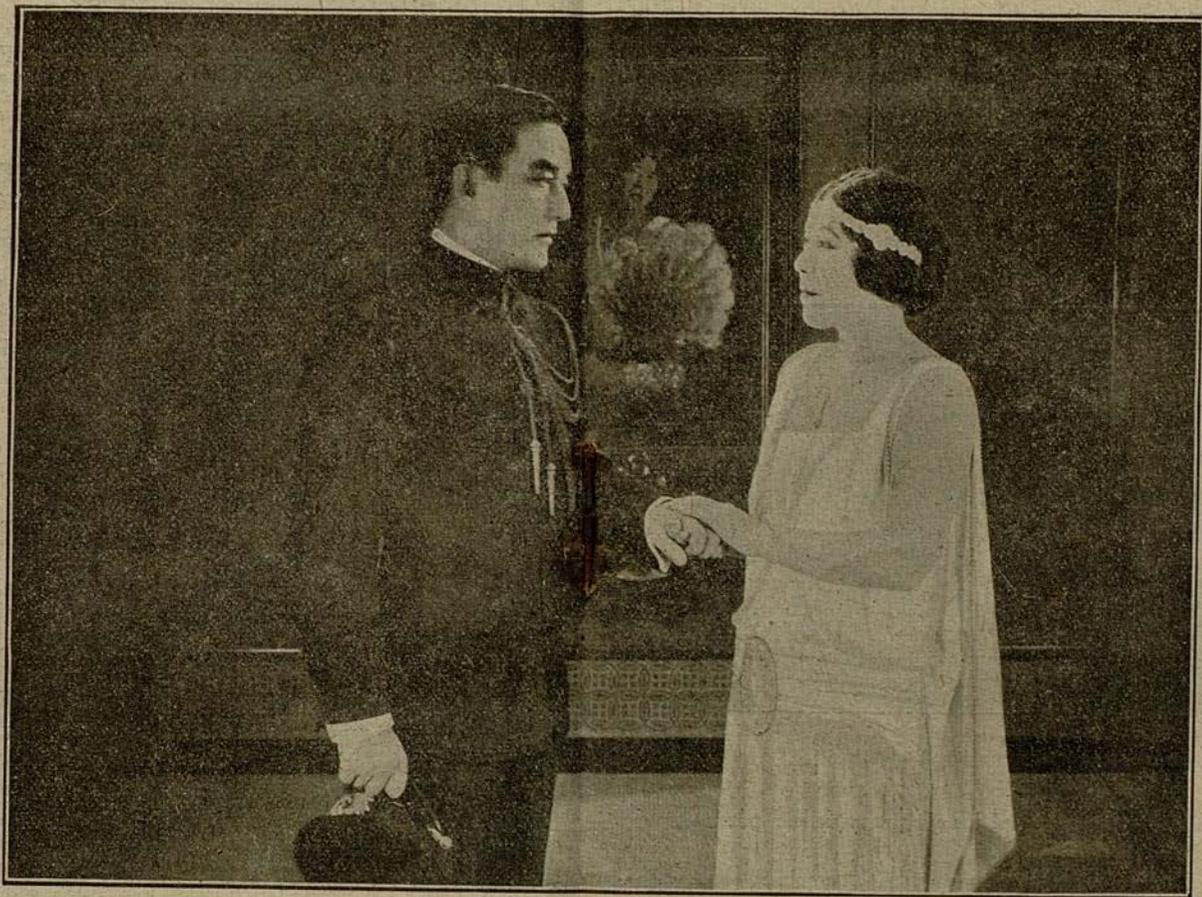
—¡La esposa de un samurai no debe llorar jamás!—afirmó Yorisaka.

Ella procuró contener sus lágrimas que nacían más en su corazón que en sus ojos.

—Perdóname si alguno de mis actos ha podido contrariarte—dijo de pronto.

Tenía su actitud un profundo sentido doloroso. Ella amaba a su marido a pesar de todo.

—Si alguna falta cometí—añadió—lo hice impulsada

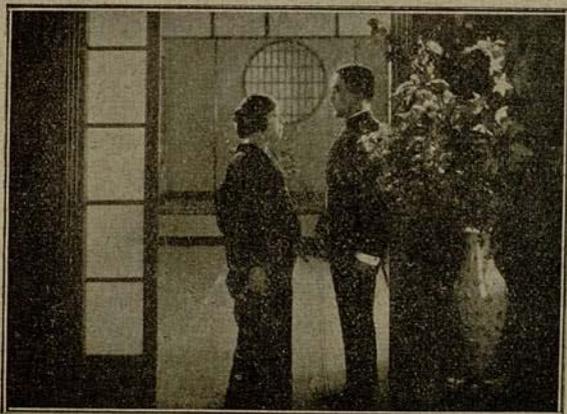


—¿He tenido la dicha de acertar con sus deseos, querido esposo?

por el deseo de agradarte, adaptándome a las costumbres europeas...

Decía verdad. Ingenuamente había pecado. Ni ella misma sabía cómo pudo oír al capitán Fergan ni cómo fuera capaz de aceptar sus besos...

...Y, oyéndola, Yorisaka, que conocía el alma de su mujer, tuvo un estímulo de compasión; pero no eran



—¡La esposa de un samurai no debe llorar jamás!

aquellos instantes propicios a dejarse vencer por los sentimientos.

—Cuando un soldado parte para el combate—aseguró con firmeza—no es día de tristeza sino de júbilo.

Esto lo decía el hombre que estaba lleno de pasión patriótica. Sin embargo, en aquella hora de muchas

casas salían hombres que dejaban tras sí un reguero de llanto; eran los marinos de la flota japonesa, a quienes sus mujeres despedían ofreciéndoles las frentes de los hijos para que pusieran en ellas un beso que quizás fuera el último.

Yorisaka contempló intensamente a Mitsouko.

—Debo marcharme—dijo—. El alférez Hirata y el capitán Fergan me esperan.

Salió Yorisaka y la sombra de su mujer proyectóse detrás de los cristales de las ventanas que se abrían al jardín para decirle adiós una vez más.

Amanecía cuando la escuadra japonesa con sus dotaciones completas, abandonaba las aguas de Nagasaki y a toda máquina dirigíase al encuentro de la flota enemiga.

Desde el puerto una mujer la vió partir. Estaba sola con su dolor y su pobre alma enviaba al mar todas sus esperanzas, rogando por la vida del marqués Yorisaka.

Era Mitsouko, cuyos ojos siguieron la marcha de los buques, hasta que desaparecieron en el horizonte de tintas malvas, asaeteados por los primeros rayos del sol naciente...

*
*
*

Se había dado la orden de que la escuadra marchase a toda máquina, y las enormes construcciones de hierro y de acero erizadas de cañones, surcaban el mar a máxima velocidad.

En el camarote del comandante del «Nikko», Fergan, que había llegado hasta allí sin saber por qué, descubrió de pronto el retrato de Mitsouko.

Acercó una silla, apoyóse en ella y fijó los ojos en aquel dibujo que le daba la impresión de tenerla a ella a su lado.

Así como a Mitsouko la había turbado el alma de Occidente, a él, el espíritu de Oriente inspirábale una pasión profunda.

Yorisaka entró cautelosamente en su camarote y en el transcurso de unos segundos observó al capitán sumido en contemplativa adoración delante del retrato.

Se le aproximó y le puso una mano en el hombro. Fergan no intentó disimular su sorpresa.

—Esta tarde—le dijo Yorisaka—puede tal vez esperarnos la muerte... a los dos.

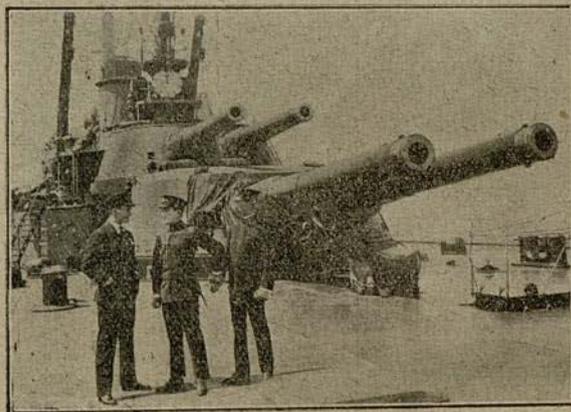
Abrió una caja de cigarros ofreciéndosela a Fergan.

—Dentro de poco—añadió—se entablará la batalla

sin que usted me haya revelado el secreto que con tanto interés le he demandado...

—Vuelvo a decirlo que no existe tal secreto—afirmó el capitán.

—Pues yo estoy seguro de que existe... Espero que, ya que no ahora, cuando llegue el instante decisivo, usted me dirá lo que necesito saber.



Se había dado la orden de que la escuadra marchase a toda máquina,...

Fergan encogióse de hombros y salió del camarote. Al llegar a cubierta encontróse al Vizconde quien, al verlo, volvióle la espalda.

—¡Cómo, alférez Hirata!... ¿No saluda usted a un superior?

Esclavo de la disciplina, al oír la reconvención, el alferéz volvióse y saludó militarmente.

Siguió su camino Fergan y el Vizconde, dando un



Fergan no intentó disimular su sorpresa.

salto de contrariedad por la humillación de que acababa de ser víctima, precipitóse por las escaleras que conducían al camarote del comandante, al que puso al corriente de lo que le acababa de suceder.

IV

En las primeras horas de la mañana, a la vista la flota enemiga, comenzaron los preparativos del combate.

Reunida la dotación del «Nikko» en cubierta, Yorisaka les leyó la siguiente proclama:

«La grandeza y el esplendor del Imperio, dependen del resultado de esta batalla. ¡Que cada cual, poniendo a la altura del corazón el sacrosanto ideal de la Patria, cumpla con su deber!»

La mirada del comandante se fijó en los hombres a sus órdenes, queriéndoles infundir el fervor heroico y el entusiasmo patriótico que llenaba su pecho.

—¡Cada uno a su puesto!—gritó de pronto.

Poco después, en el silencio de las soledades oceánicas dejó oír su voz de muerte el cañón.

La batalla había comenzado.

En lo alto del puente, Yorisaka tomaba las distancias de los buques enemigos y las trasladaba a los artilleros para que midiesen el tiro.

—¡Distancia: diecisiete millas tres cientos metros!
¡Corrección: cinco milésimas a la derecha!

Con el telémetro en sus manos, atento a las maniobras de los marinos, dictaba sus órdenes con voz fuerte y tranquila.

—¡Torre número uno!... ¡Alto el fuego!

Se hizo el silencio. Crujieron los cañones al girar apuntando.

Súbito sonó la voz del comandante:

—¡Fuego!

Vibró la atmósfera, tableteando sacudida por los es-



Abrió una caja de cigarros ofreciéndosela a Fergan.

tampidos de los disparos.

Cerca de Yorisaka cayeron muertos dos artilleros; el comandante no pudo ni prestarles atención.

Y mientras aquellos hombres luchaban sintiendo como les rozaba la muerte con su aliento, a orillas de la bahía de Nagasaki, en el chalet de mistress Hockley, la

multimillonaria y sus invitados no se preocupaban de los rigores de la guerra.

Sólo Mitsouko no lograba dominar sus temores en medio de la fiesta y su tristeza aumentábase, por fuerza del contraste, oyendo la orquesta y pensando en los peligros a que entonces se hallaría expuesto su marido.

La batalla, en tanto, continuaba cada vez más cruenta.



...al que puso al corriente de lo que le acababa de suceder.

Siempre en su puesto, Yorisaka dirigía el combate, y entre el estruendo de los cañonazos y los gritos de los moribundos, su voz resonaba segura:

—¡Distancia: dieciseis millas dos cientos metros!
¡Corrección: ocho milímetros!...

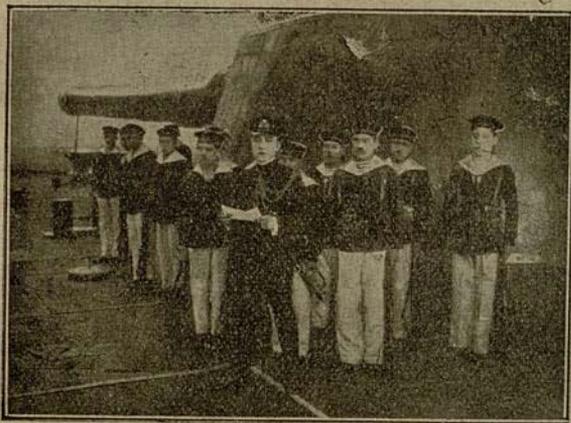
Y en seguida, en cuanto los artilleros disponían los cañones atendiendo sus indicaciones, gritaba:

—¡Fuego!

De pronto sintió un golpe en la frente y cayó con el rostro ensangrentado. Quiso levantarse y notó que le faltaba el telémetro.

—¡Dadme el telémetro de repuesto!—gimió.

La sangre, saliendo a oleadas de sus heridas, cubriale



"La grandeza y el esplendor del Imperio dependen del resultado de esta batalla..."

los ojos.

—¡El telémetro!

Sentíase morir y, sin embargo, su única preocupación entonces era la de que le entregasen el aparato para

medir la distancia a que se encontraba la flota enemiga y seguir dirigiendo el combate.

Pudo [levantarse, dió unos pasos, vaciló y volvió a caer.

—¡Llamad al capitán Fergan!—gritó.

El capitán aproximóse a él.

—¡Tome usted el mando, Fergan!... ¡Se lo ruego!

—¡Me pedís un imposible, comandante!... Soy inglés



—¡Dadme el telémetro de repuesto!—gimió.

y, como inglés, estoy obligado a ser neutral.

Con un esfuerzo Yorisaka miró a Fergan y aquella mirada hizo que el capitán reviviese en su memoria el recuerdo de la noche en que el Marqués lo había sorprendido cerca de su mujer.

—Tomad el telémetro, capitán.

Fergan cogió el telémetro que apenas si ya podían sostener las manos de Yorisaka, e inclinándose sobre el herido, prometió:

—Aun cuando sea en contra de todas las reglas internacionales... acepto el puesto que me designáis.

Aproximó su boca al oído de Yorisaka y añadió:

—¡Deber de todo caballero es pagar!

El Marqués pudo aún sonreír, agradecido a Fergan, que desde aquel instante simbolizaba la Patria en peligro.

—Gracias—dijo.

Y antes de perder la noción y el sentido de la realidad, oyó la voz del capitán:

—¡Todo el mundo a mis órdenes!... Distancia: trece millas...

Se hizo el silencio en el cerebro de Yorisaka.

Momentos después caía muerto a su lado el capitán Herbert Fergan, al mismo tiempo que un largo clamor se alzaba de todos los buques de la escuadra japonesa gritando:

—¡Victoria!



--Tomad el telémetro, capitán.

*
*
*

En la tarde de aquel día, a bordo del yacht de mistress Hockley celebrábase la victoria, cuyas primeras noticias acababan de llegar a Nagasaki, aun cuando se ignorasen los detalles del combate.

Mitsouko confiaba ahora y era dichosa pensando en su marido victorioso, al que pronto esperaba volver a ver.

—¡Bebamos para festejar el triunfo!—propuso la multimillonaria.

En alto las copas, en los salones del «Yseult» brindóse por el triunfo de la escuadra japonesa.

No sabían el doloroso precio que había costado la victoria.

Al pasar lista en el «Nikko», después del combate, se vió que eran muchos los que faltaban.

Los cadáveres y los heridos habían sido trasladados a las bodegas.

El vizconde Hirata, acompañado de dos oficiales, los contaba y tomaba notas de los muertos.

Se detuvo cerca del cuerpo sin vida del capitán inglés; ya no había rencor en el alma del Vizconde contra el extranjero, al que tuvo que admirar por su valor durante el combate.

—Herbert Fergan, capitán inglés, muerto en la torre número uno—dijo.

Un marino levantó el lienzo que cubría el cadáver Hirata lo miró y no pudo menos de exclamar:

—¡A pesar de todo... era un valiente!

Siguieron los oficiales haciendo su inspección trágica. Sus pies pisaban a veces charcos de sangre.

De pronto el Vizconde descubrió al comandante entre



En la tarde de aquel día, a bordo del yacht de mistress Hockley celebrábase la victoria,...

los heridos. Abalanzóse a él.

—¡Yorisakal—clamó.

El moribundo volvió en sí y dijo:

—Hirata... he visto caer muerto al extranjero... El

nos llevó a la victoria... No olvides, pues, que debéis tributarle los honores del triunfo...

Desvaneciósse la voz de Yorisaka. Postrado cerca de él, Hirata gimió:

—¡Perdón, Yorisaka, perdón!

—Mi última voluntad—añadió el comandante—es que...

Le faltaba la voz, y como un suspiro oyósele decir aún:

—... quiero morir cerca de ella...

El sol del nuevo día alumbró el cuadro grandioso de los lugares en los que había tenido lugar el combate naval.

Sobre la cubierta del «Nikko» los supervivientes oían la proclama con que el Almirantazgo los felicitaba por su comportamiento, y que leía el alférez Hirata:

«Las preclaras virtudes del Emperador y la invisible protección de sus antepasados imperiales, nos han proporcionado una decisiva victoria. ¡A vosotros, que habéis puesto al servicio de la Patria vuestro generoso entusiasmo, os felicitamos de todo corazón».

Horas más tarde, en su casa, el alférez Hirata, poseído de terribles remordimientos por haber dudado un momento del honor de Yorisaka, se preparaba a ejecutar en sí el castigo del *harakiri*, ceremonia sangrienta con la que un noble japonés reivindica la memoria de aquel a quien ultrajó, ofreciéndole la vida.

Puesto de hinojos, Hirata sostenía en sus manos un puñal envuelto en un pergamino en el que estaban escritas las palabras de su ofensa.

Un servidor, cerca de él, lo atendía en aquellos instantes.

—¡He pronunciado palabras ofensivas para el marqués Yorisaka, palabras que, por injustas, deben ser borradas!—exclamó el Vizconde desenvolviendo el puñal y acercándose al pecho.—¡Sea usted testigo de la reivindicación de aquel patriota ayudándome en mi *harakiri!*

El puñal se hundió en la carne y el vizconde Hirata, que rendía culto fervoroso a las tradiciones de su pueblo, cayó muerto.

V

En el palacio de Yorisaka, Mitsouko había reunido a sus amistades extranjeras para celebrar el triunfo de su patria, con la que el enemigo, después de la derrota de su escuadra, acababa de concertar un armisticio.

Era un día de júbilo y en las calles de Nagasaki, la multitud, embriagada por la victoria, entregábase a los transportes de una clamorosa alegría.

Mitsouko también estaba contenta, porque ignoraba aún la desgracia que pronto vestiría de luto su corazón, y para festejar la gloria de su país, ofreció a sus invitados:

—Voy a bailar en obsequio de ustedes la danza japonesa de la victoria.

La extraordinaria mistress Hockley no había penetrado los enigmas de la civilización oriental, y le sorprendió mucho ver a su alumna, la marquesa Yorisaka, salir del salón y reaparecer luego vestida con el traje nacional, totalmente transformada, sin que pudiese advertirse en ella la sombra de la influencia europea.

Volvió a ser Mitsouko una japonesita de menudo andar y tímido aspecto. Había en su rostro la expresión

recatada y misteriosa de una hija de su raza, y ninguno de los invitados la reconoció cuando ella, adoptando la hierática actitud de una bailarina oriental, comenzó a tejer con los brazos y los pies las figuras extrañas de «La danza de la victoria».

Días antes, Juan Francisco Pezle había ido a visitar a un viejo amigo, a quien conociera en Europa. Se llamaba Tcheou-Pe-i y era un notable jurisconsulto chino, encargado por el emperador del Celeste Imperio de informarse de todo lo que acaeciera en el Continente Asiático y, especialmente, de los sucesos del Japón.

Vivía Tcheou-Pe-i en un retiro, lejos de las ciudades, y todas sus horas estaban dedicadas al estudio y a la meditación.

El pintor se detuvo a la entrada de la vivienda del jurisconsulto y llamó.

Entre el criado que acudió a su llamada y el artista empezaron las zalemas de la cortesía oriental.

—Dígnese usted entrar el primero—le dijo el servidor de Tcheou-Pe-i.

—¿Cómo puedo yo entrar el primero?—repuso Pezle.

—Dígnese pasar honorablemente.

Pezle repitió su pregunta y, al fin, entró en la casa del jurisconsulto, viejo nonagenario que tuvo que apoyarse en sus discípulos para levantarse a recibir al extranjero.

Tcheou-Pe-i dirigió la palabra a Juan Francisco Pezle, después de reclinarse de nuevo sobre los cojines extendidos en un largo asiento cubierto de jeroglíficos y de máximas budistas.

—Yo sé que el Japón os ha abierto las intimidades de

un hogar en el que ha sido proscripto el espíritu de los antepasados y donde, una mujer, olvida los sabios principios de la modestia femenina.

Aquellas censuras iban dirigidas a Mitsouko. Pezle así lo comprendió.

—Yo sé también la victoria que acaba de obtener el Japón sobre la flota enemiga—añadió el jurisconsulto—. Y no ignoro que en la terrible pugna, que ha enrojecido las aguas del mar con sangre de ambos combatientes, cayó mortalmente herido el marqués Yorisaka...

Juan Francisco Pezle sintióse sobrecogido oyendo al sabio, del que se despidió instantes más tarde regresando a Nagasaki con la inquietud de que la realidad confirmase las terribles palabras de Tcheou-Pe-i.

Ya llegaba al palacio de Mitsouko cuando se detuvo viendo una luctuosa comitiva. Acordóse de las frases del jurisconsulto y preguntó:

—¿A quién conducís en esa camilla?

—Es el cuerpo del marqués Yorisaka—le contestaron.

—Aguardáos entonces... Dejad que yo entre a prevenir a la Marquésa.

El artista encontró a Mitsouko, otra vez vestida con traje europeo, rodeada de sus amigos.

—Señora, prepárese usted a recibir... una fuerte emoción... Su marido regresa del combate.

Mitsouko no quiso oír más, retirándose para adornarse con un traje japonés, pues de este modo quería que la viese su marido victorioso.

—Escuchadme—dijo Pezle a los invitados—. El Marqués se encuentra muy cerca de su casa... ¡pero herido de muerte!

Mitsouko ataviada de nuevo a la usanza tradicional, sorprendió la tristeza y embarazo de sus amigos.

—¿Qué sucede? ¿No me había dicho usted que mi marido estaba de regreso?—preguntó temerosa a Pezle.

Inesperadamente aparecieron en la puerta dos hombres conduciendo el cuerpo de Yorisaka.

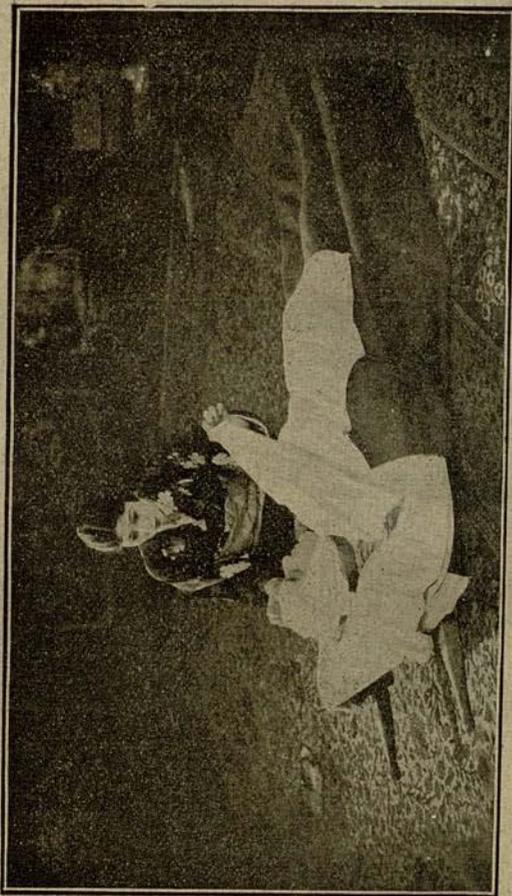
Un grito de espanto salió de la garganta de Mit-



Juan Francisco Pezle sintióse sobrecogido oyendo al sabio,...

souko, un solo grito; pues en seguida, sintiendo como su alma alumbraba el valor de su raza, su rostro adquirió una trágica serenidad.

—¡La mujer de un daimio no debe llorar!—exclamó.



--se arrodilló y alzó el lienzo que cubría el cuerpo del Marqués.

Aproximóse a la mesa de los refrescos, llenó una copa de licor y alzándola en alto gritó:

—¡Bebo por la gloria de mi héroe!

Los extranjeros retrocedieron asombrados ante el espectáculo de aquella mujer que, retorciéndosele el corazón de dolor, acallaba sus gemidos mostrándose como una heroína de un deber que le impedía verter lágrimas por su marido moribundo.

Mitsouko llegó hasta la camilla a pasos lentos, se arrodilló y alzó el lienzo que cubría el cuerpo del Marqués.

—¡Yorisaka!... ¡Mi amor!... ¡Háblame!

El agonizante entreabrió los labios y dijo:

—¡Victoria!

Ella acarició su cabeza vendada y volvió a rogarle:

—¡Háblame, mi bien, háblame!

El herido abrió los ojos y miró a su mujer.

—¡Háblame!

Y la voz de él, pálida y temblorosa, dijo:

—¡Mitsou...ko!... ¡Muerdo por la Patria... y por tu... redención...!

Los labios y los ojos de Yorisaka se cerraron para siempre y Mitsouko, alzando su voz para que le oyese el alma del muerto, prometió:

—¡Descansa en paz, mi único amor!... ¡Yo te prometo que me retiraré a vivir en la penitencia y en la oración en el convento de las hijas de daimios, y que en él, sin que el mundo turbe mi pensamiento, esperaré la muerte que ha de volver a reunirme contigo!...

Y Mitsouko, inclinándose sobre el cadáver, selló su promesa con un beso en la frente del héroe.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura militar

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robín de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego

peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extraordinario).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bébé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meigham. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Fessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE

La Novela Semanal Cinematográfica



LOS
HIJOS
DE NADIE

FOR
LEDA GYS
UNA PESETA

TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE

La Novela Semanal Cinematográfica



EL
TRIUNFO
DE LA MUJER

por
Séverin Mars
Una Peseta

TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
La Novela Semanal Cinematográfica



El
Prisionero
de Zenda

por Alice Terry, Bárbara-La-Marr, Ramón Navarro, Lewis Stone, Stuart Holmes etc.

TERCERA
EDICIÓN
UNA PESETA

BIBLIOTECA
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
EDICIONES DE
La Novela Semanal Cinematográfica



(LOS TRECE)

Primer número aparecido recientemente.

Precio: Una peseta

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela, producción
Nordisk, Selecciones Capitolio, inter-
pretada por Kate Ríise,

Espejos del alma

POSTAL-FOTOGRAFIA

LON CHANEY

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio 25 cts.

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa